

de que Miguel Picazo se haya visto condicionado al realizar "Los claros motivos del deseo", y obviamente esa misma situación es válida para Vicente Aranda y su "Cambio de sexo". Estas películas o son tímidas a la hora presente de cara a la comercialidad pornográfica del momento por su afán de "ir más allá" o el "más allá" es mínimo frente a la carrera que habría que emprender en la lucha contra la deformación. De alguna forma, estos momentos del cine español son conflictivos, pero acabarán clarificando qué es lo que realmente interesa a cada director, a cada productor, a cada espectador.

Vicente Aranda ha realizado una película ambigua. Apuntando en múltiples direcciones no se ha definido suficientemente en ninguna: la soledad interior de la persona que se siente "diferente" (en este caso un transexual vocacional); la utilización comercial de su peculiaridad; la represión de quien, enamorado de él, exige su transformación en mujer para plantearse la posibilidad de una vida amorosa; la ilustración "científica" del "caso" y la exposición didáctica de cómo se realiza la operación del cambio de sexo... Quizá en Aranda haya sido característico hasta ahora, su afición por ciertos mundos marginales—"Fata Morgana", "Las crueles", "La novia ensangrentada", "Clara es el precio"—, entre la fascinación y el humor: un humor sutil, apenas imperceptible en muchos casos y en otros bastante dudoso. Un humor que no aparece en "Cambio de sexo", una fascinación que no se expresa abiertamente y un didactismo que se pierde, quizá contra su voluntad, por mor de esta moda sexual que todo lo mezcla y lo confunde. Por otra parte, de cara a este último aspecto—entendiendo por didactismo la posibilidad de plantear cuestiones desconocidas para el espectador— Aranda está entre una exquisitez intelectual y una ausencia de postura comprometida. Un cine quizá inteligente, quizá necesario, como dicen algunos, pero que personalmente no termino de entender. ■ D. G.

ARTE

El pintor Joaquín Pacheco está ahora entre nosotros. Eso es

una cosa rara porque Pacheco, ahora habitante ocasional de Madrid, resulta que es madrileño. ¿Y dónde están los madrileños? No sé. Yo conozco algún taxista que es madrileño. Dicen que hay también algunos empleados de Bancos... Pero no: aquí, en Madrid, no quedan madrileños. En Barcelona, tal vez en París o en Sudamérica, tal vez te puedes encontrar alguno, pero a Madrid lo tenemos absolutamente invadido los forasteros. Ya se murió el pobre Paco Arias que, ese sí, era tan madrileño tan madrileño que no parecía un pintor: parecía un taxista. Aquel, sí, era un castizo. Recuerdo, por ejemplo, que



Joaquín Pacheco.

cuando tenía que referirse a algo oficial, de Gobierno Civil para arriba, él lo llamaba, de manera natural, "los fascistas". Pacheco ya no es un castizo. Siempre que llega aquí, a su pueblo, que los advenedizos como yo tenemos invadido, nos llega desde algún lugar del universo-mundo—desde Francia o desde los Estados Unidos— para darnos su versión. Y ahí lo tenemos ahora, en la galería Biosca, como de costumbre. En eso, en su fidelidad a Biosca, sí que es un castizo. Porque Biosca, que ya es una de las más veteranas, si no la más, de las galerías modernas de Madrid, es, tal vez por eso, la más castiza de nuestras galerías de arte moderno.

Joaquín Pacheco Galería Biosca. Madrid

El arte —y el "moderno" no es en esto una excepción— casi siempre es una tentativa—por lo menos una tentativa— de eternización. Hay una voluntad "estatuaría"—la llamaré así— en casi todo artista que intenta darnos una síntesis de la realidad que trata. Si investigásemos a fondo la intención del desnudo clásico, padre de todos los desnudos, o la misma intuición del retrato personal, por ejemplo, veríamos que de lo que se trata en el fondo es de

complica al tiempo. El es un testigo—quiere serlo muy consistentemente— del espectáculo del mundo, en el lugar del mundo en donde por razón de su circunstancia está situado: en París, en Nueva York o en el mismísimo Madrid, su pueblo. Y curiosamente, Pacheco es fundamentalmente, un testigo del tiempo que pasa, de la fugacidad del tiempo y de la circunstancia. Ese, el tiempo móvil, apresado en la realidad móvil—la mujer de hoy, el hombre, también de hoy, la calle o la playa—, es el principal protagonista de su obra. No los personajes en sí, sino el tiempo que pasa por ellos: su situación, móvil por la acción del tiempo precisamente, lo que, por eso mismo, tienen mucho también de antiestatuarios... Por eso, en su obra, puede aparecer de pronto una visión que en la visión normal de las cosas puede quedar como arrinconada y fuera del enfoque normal de nuestra atención: un hombre cortado en su silueta por la presencia, en primer plano, del cristal de un escaparate, o las olas del mar, vistas desde el interior de una casa de campo (en Palm Beach o en Biarritz?), las mesas vacías de un restaurante veraniego, o incluso un desnudo femenino rodeado por otros elementos de la vida que le dan vida. Yo creo que ahí, en el arte de Joaquín Pacheco, se podría hablar de una actitud paralela, pero lejana, al impresionismo. Lejana, digo, porque aun cuando Pacheco utilice también el color, y aun lo problematice cuando tiene necesidad de ello, su problema de base no es el cromatismo. Y es que, aun cuando él ponga sobre el tapete el problema del tiempo, no lo plantea, a la manera impresionista, concretándolo en la cuestión luminica.

Yo creo que Pacheco es un artista importante—un pintor importante— por esa actitud de su planteamiento antiestatuario. No es que él plantee eso como "su cuestión". El va más allá de ello. El va detrás de la realidad que puede plantear, y que plantea, con la pintura. La cuestión temporalista es para él, yo creo, un asunto lateral. Ni la busca ni la elude. Pero su pintura, la realidad de su pintura, sí que la plantea y la resuelve. Y aunque otros problemas haya también en su pintura (toda pintura es un haz de problemas), yo creo que éste es el más importante. Por eso creo que Joaquín Pacheco es un pintor importante. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

"monumentalizar" los aspectos más eternizadores del tema que se trate. En cierto modo, el "Impresionismo" fue una tentativa contraria a ello, porque el impresionismo, al incidir e investigar sobre problemas luminosos, implicaba mucho al problema "tiempo".

Joaquín Pacheco no tiene nada de impresionismo en su textura de pintor, en el sentido de que lo suyo no es una investigación luminista... O sólo tiene de impresionista lo que tiene todo el arte moderno: que es hijo y heredero del impresionismo; de un impresionismo muy superado y sobrepasado por problemas formales y testimoniales...

Pero, sí, su pintura implica y